

LIBROS

Héctor Vázquez Azpiri: «Juego de bobos»

Vázquez Azpiri, un escritor que vive bien, lo que está a la vista del visitante. Es también, ciertamente, un escritor que trabaja: lee, estudia, traduce, escribe. Rodeado de libros por todas partes —libros de historia, científicos, literarios; libros del siglo XVII y XVIII; libros ingleses y españoles—, de reproducciones, de cuadros, de antigüedades, Vázquez Azpiri termina una novela y comienza una obra histórica. Pone punto final a «Juego de bobos» y la palabra inicial de «De Alfonso XIII al príncipe de España». Finalista del Nadal, con «Vibora», el año en que lo ganó Sánchez Ferlosio, premio Alfaguara, con «Fauna» (hubo dos votos en contra, según él sospecha), ha firmado sucesivamente «La arrancada», «La navaja» y «El cura Merino, el regicida», análisis histórico no sujeto a esquemas convencionales. Asturiano de 1931, con estudios de Medicina y de Filosofía, ha colgado un mapa de Asturias en la cabecera de su cama. ¿Por qué?

VAZQUEZ AZPIRI.—Lo he necesitado en la realización de «Juego de bobos». Es una novela centrada en la Guerra de la Independencia, una historia de ficción situada en un contexto histórico real, un poco a la manera de Galdós. Y este contexto histórico no es otro que el conformado por la sublevación asturiana contra las tropas napoleónicas, mandadas en el Norte por el mariscal Ney. No sé si sabrás que Asturias fue la primera región en alzarse. El primer correo de Madrid —correo de mulas de collera todavía— que llegó a Oviedo después del dos de mayo de mil ochocientos ocho, llevaba, con la noticia de los hechos madrileños, la chispa que encendería la guerra en Asturias inmediatamente.

—Yo pienso que aquella guerra revistió, sobre todo, un

carácter religioso. Las gentes, el pueblo, no se levantaban tanto contra un invasor como contra unos hombres que desempeñaron el papel histórico de dispersar por toda Europa determinadas ideas.

V. A.—También lo creo así, aunque no absolutamente. Desde luego, entre los primeros en lanzar el grito de guerra había, en Oviedo, varios curas. Pero en seguida se politizó la sublevación, se popularizó, se crearon juntas, en las que figuraban muchos liberales que luego conectarían con los hombres de Cádiz. Creo, sinceramente, que los asturianos fueron los primeros en valorar la trascendencia del enfrentamiento. En mi novela cuento una serie de hechos que así lo revelan. Los levantados se pusieron, sin tardanza, en contacto con un inglés, un pirata, que navegaba por el Cantábrico en el «Stace Brick»; el capitán Fooll. Del puerto de Gijón salió en su busca «La Teresina», un barco de Toribio Cifuentes.



Actuó de intérprete el periodista Silvestre de la Piniella. El inglés se dirigió al puerto de Falmouth; así se consiguió una primera ayuda de cincuenta mil reales. Entre los alzados estaban el canónigo Ramón del Llano Ponte y el cura Castañón. La lucha contra las tropas napoleónicas fue muy importante en Peñaflor...

—Un punto clave, también, en la guerra civil.

V. A.—Pero las juntas se fueron retirando hacia Galicia, reuniéndose sucesivamente en más de una docena de lugares. He aquí el secreto de este mapa de Asturias. He seguido, en la novela, su recorrido por esta geografía.

—¿Y por qué titulas la obra «Juego de bobos»?

V. A.—Yo creo que está muy claro. Todo un gigantesco esfuerzo de seis años para que luego llegara Fernando VII como Rey absoluto...

—Recordamos que en «Vibora», finalista del Nadal, relatabas un suceso autobiográfico.

V. A.—Sí, ya sabes que fui secuestrado en Celorio, siendo todavía un niño, por las gentes del monte. Estuve dos días en su poder; fue un verano, a finales de julio. Pero no he narrado esta experiencia, la he utilizado libremente.

—¿Has encontrado dificultades para hacer escritor?

V. A.—En este país, te tienes que morir para que te hagan caso. Ahí está el ejemplo de Luis Martín Santos, un novelista que no significa tanto como dicen. Aquí, generalmente, se escribe de oído. Lo más fácil es jugar al camelo. Esta carrera es como el juego de la cucarita: te la hacen resbaladiza para que te caigas, para que te quedes abajo sin poder subir. Pero si te mueres te celebran incluso aquellos que no te han leído nunca. Mira el caso de Ignacio Aldecoa, un gran escritor del que apenas se hablaba; ahora le ponen por las nubes.

—¿Cómo definirías al escritor: español?

V. A.—Sí; de hecho es una enfermedad, una desgracia más bien súbita. Es cómico que algunos sueñen con la gloria. La gloria... ¿Qué diablos será eso!

—Pero hay escritores con fuerte personalidad literaria.

V. A.—Hay grandes imitadores. Muchos están bebiendo todavía a Faulkner, un Faulkner traducido. Casi todas las versiones de su obra son pésimas, lo mismo que las de Joyce. Figúrate cómo serán las imitaciones.

—Hablemos de tu método y de tus técnicas.

V. A.—Escribir es, para mí, una pasión que te marca totalmente. Uno puede realizarse como escritor de muy diversas maneras. Pienso que todo buen escritor debe seleccionar mucho sus ideas, no aprovechar la primera que le llegue; debe, además, elaborarla bien, reflexionar mucho antes de desarrollarla, sin caer, claro, en el caso de aquel

monje budista que estuvo meditando durante cincuenta años; sus amigos le preguntaron en qué había concluido, y él dijo solamente: «¡Ah!».

—La literatura puede ser, creo, un medio de conocimiento.

V. A.—Sí, de hecho es una forma de conocimiento superior a los métodos racionales, a la lógica matemática, por ejemplo. Decir esto no supone incurrir en ningún irracionalismo, sino simplemente pensar que este medio de conocimiento está situado a un nivel distinto.

—¿Qué lecturas frecuentes?

V. A.—Leo habitualmente libros de biología. Esta afición no proviene, como pudiera suponerse, de mi antigua vocación médica. Estoy seguro de que los médicos saben muy poca biología.

—¿Cómo te ves a ti mismo en el porvenir?

V. A.—Confío en que algún día podré realizar un sueño que vengo acariciando desde hace mucho tiempo: ser monje en un monasterio del Tibet. Espero que, para mí, esta realización represente alcanzar la felicidad. Sin embargo, dudo. Cuando niño quería tener un barco y estaba seguro de ser feliz si lo conseguía. Pues bien, tuve un barco..., pero la felicidad no era esto.

(Héctor Vázquez Azpiri extrae de un cajón de su mesa de trabajo un paquete de tabaco de picadura y se dispone a liar un pitillo.)

—Se ve que estás muy ligado a las costumbres tradicionales de este país.

V. A.—Que conste que soy conservador solamente en esto. Que conste. ■ EDUARDO G. RICO. Foto: VIADA.

Sin trompetas ni tambores

Este es el título del libro que acaba de publicar Diego Moreno (Ediciones Picazo, Barcelona). Un libro sobre los problemas del campo español, del que me resisto a afirmar que sea una novela: es un reportaje centrado en un pueblo del Sur —no importa la provincia— con protagonistas de ficción, pero que pueden existir, escrito con un humor fino, nunca utilizado con exceso. Para novela le faltan

varios elementos indispensables: mayor profundidad dramática, una más rigurosa selección de situaciones y una construcción diferente. Pero creo que a Diego Moreno lo que le importa es el alcance de su trabajo, el cumplimiento



to de su propósito previo, es decir, la exposición cruda de una realidad generalmente desconocida, voluntariamente o no, para el hombre de ciudad, sin duda el que más capacidad de decisión tiene en este país. Diego Moreno, periodista profesional, nos ofrece en «Sin trompetas ni tambores» una brillante muestra del dominio que ejerce sobre su oficio. Creo, por otra parte, que esta técnica periodística de que Diego Moreno se sirve, es más eficaz en orden al desarrollo de las posiciones críticas del autor. ■ E. G. R.

Cine formativo

Premio Antoni Balma-ya, 1968, editado por Nova Terra, «Cine Formativo», de José Serra Estruch, es, sobre todo, el apasionado documento de una vocación y de un largo trabajo. Su autor es uno de los pocos y de los primeros que ha intentado plantearse el tema del cine infantil desde una perspectiva pedagógica. Año tras año, ha ido celebrando cursillos y estableciendo las bases de una organización que, pese a la riqueza social de sus fines, a los centenares de personas bienintencionadas interesadas, a los millones de pesetas invertidos por el Estado en la protección de desdichadas pe-